

DIVAGACIONES IRANÍES

JUAN MANUEL BONET

Pocos viajeros conozco tan lanzados y audaces como el jurista, escritor y bibliófilo zaragozano José Tudela, para cuya formación contó mucho su pertenencia a una saga familiar en la que brillan su abuelo, José Tudela «el de la Mesta» (Ortega *dixit*), intelectual soriano que fue amigo de Antonio Machado y otros grandes nombres de nuestra literatura, y su tío abuelo, el poeta Bernabé Herrero, tan cercano a Gerardo Diego y a Juan Larrea. Esa ubicuidad y audacia Tudela la ha ejercido en especial en el Nuevo Mundo. Conozco a poca gente tan entusiasta de Bolivia, un país al que en este mismo libro cita al paso. Conozco a poca gente con tan buena agenda uruguaya, y recuerdo las gratas jornadas hispano-uruguayas que organizó en las Cortes de Aragón, y en las que participé mano a mano con nuestro común amigo Wilfredo Penco. Conozco a poca gente que sea capaz de escribir un libro sobre Irán como este que el lector tiene en las manos, fruto de un viaje realizado en julio de 2013 en compañía de Pilar, su mujer.

Existe una larga historia de interés español por Irán, de iránología, como lo dicen los especialistas en la materia, que señalan como tres hitos precursores los relatos de tres diplomáticos, Ruy Gutiérrez de Clavijo en el siglo XV, García de Silva y Figueroa en el XVII, y Adolfo de Rivadeneyra en el XIX. El relato del primero se compara a veces con el de Marco Polo, pero es más irreal, menos de detalles exactos. Más preciso es el del segundo, que realizó aportaciones importantes al estudio de Persépolis, y cuyas preciosas láminas de escritura cuneiforme, contempladas con ojos actuales, casi semejan obras de Jorge Oteiza o de otros de nuestros constructivistas *fifties*. Relatos como los de esos legendarios diplomáticos, libros sabios como el tomo del

arqueólogo francés Roman Ghirshman para la malrauxiana colección de Gallimard «L'Univers des Formes» (que aquí tradujo Aguilar, y que como otros de la colección es para el firmante de estas líneas una presencia magnética en la biblioteca paterna), miniaturas persas, versos inmortales como los de Omar Jayam, Hafez, Rumi o Saadi, todo esto se mezcla en nuestro imaginario con historias de las dos Guerras Mundiales que asolaron el siglo pasado y de las que el país fue una de las trastiendas, con imágenes de papel *couché* de la boda del Sha con Farah Diba (1960), del retrato de esta última por Warhol, de Iannis Xenakis en la Persépolis que en 1971 celebraba sus 2.500 años de historia, de la vuelta del exilio de Jomeini, del asalto a la embajada norteamericana, de la sangrienta guerra Irán-Irak, de las colusiones entre Irán y los negacionistas, especialmente los franceses...

Si no me falla la memoria, Pepe Tudela es el quinto español al que he escuchado de viva voz un relato de su paso por Irán. Los otros cuatro han sido José María Aznar; el diplomático y pintor y dietarista Manuel Valencia, *homme pressé* morandiano que se sube a aviones con destinos remotos como otros nos subimos al autobús; la comisaria de exposiciones Zara Fernández de Moya, que me ha hablado con entusiasmo y rabia de la vitalidad de la actual escena artística iraní y de la importancia heroica que en ella tiene el trabajo de las mujeres; y por último el fotógrafo Manuel Espaliú, que en su trabajo más creativo hasta la fecha (es sobre todo un especialista en arquitectura contemporánea de su Andalucía natal) ha seguido los pasos de García de Silva en un fotolibro iraní portentoso, en el que sabe decir, con un color casi pop, a la vez la grandeza de la Persia milenaria, y la parafernalia del Irán oficial y especialmente de sus parques temáticos dedicados a la guerra con Irak.

El viaje de Tudela, que se parece en parte al de Espaliú, nace de un viejo deseo y en consecuencia va en busca sobre todo del Irán legendario, de Persépolis o Isfahán (qué hermoso esto: «Hace mucho tiempo que sus letras están en mi cabeza»), del

zoroastrismo, de la invasión del país por Alejandro Magno, de la Ruta de la Seda... Sus pasos se inscriben, claro, sobre los de viajeros anteriores, entre otros de Robert Byron, del que cita la idea de que Isfahán es una urbe comparable a Atenas o Roma. Pero también mira de cerca las vicisitudes de la política, el culto al gran líder, la represión de la disidencia, la censura, la condición femenina, la vitalidad del cine, la vecindad de Afganistán, la enemistad con Israel... Todo esto asoma desde las primeras páginas, referidas al miedo usual del occidental a viajar a Irán. Páginas en las que encontramos una referencia a otro iranólogo, el angloamericano Roger Housden, el autor de *Chasing Rumi* y de *Saved by Beauty: Adventures of an American Romantic in Iran*, y a aquello que le contestaron entre risotadas los policías que le interrogaban y que le habían propuesto convertirse en delator de occidentales «infiltrados»: «*You have no rights. You are in Iran.*»

«Viajar —escribe Tudela— es reivindicar la importancia del momento». Momentos en su caso con un estilo que tiene mucho de azoriniano. Buena escuela. Por ejemplo esto, sobre Abyaneh: «Llegamos a un pueblo dormido. No creo que en este caso la causa sea el Ramadán. El pueblo parece dormido desde hace muchos años. Uno de aquellos lugares que el tiempo eligió para detenerse». Y así sucesivamente.

Viajero preciso, practica lo que él mismo define como un coleccionismo de instantes de una memoria itinerante. Instantes fijados con alfileres. Así en Kasham: «Me acerco a un zigurat, bordeo los desiertos de Irán y veo perfiles de una ciudad de la que pudieron salir los Reyes Magos. Me aguardan tumbas, bazares, jardines». Confiesa que los zigurats le fascinan de siempre. He conocido a otra persona fascinada por los zigurats, el recordado pintor milanés Lucio del Pezzo, al que entrevisté para *El Correo de Andalucía* en el París de hace más de cincuenta años.

En su reflexión sobre las ruinas, Tudela procede a la enumeración de algunas que forman parte del mundo que ha visto (por decirlo a lo Mario Praz), en las cuatro esquinas del planeta. A

algunas muy conocidas de todos, de repente añade otra, Ebla, y ahí sí que nos ha pillado, y hemos de acudir a San Google para enterarnos de que esa ciudad está en Siria, donde él ha estado, pero nosotros no. La evocación del adobe, que «siempre interroga por su capacidad de supervivencia y resistencia frente al tiempo», lo lleva a recuerdos del desierto peruano, y a este lector a su único viaje a Nuevo México, donde son de adobe los hoteles y hasta los aeropuertos.

El desierto iraní le lleva a pensar en los Monegros, y una y otra vez a Castilla, y también asoman recuerdos del Nuevo Mundo, y en concreto del altiplano andino. En Isfahán, por ejemplo, la mezquita del Sha le trae a la memoria la iglesia de la Compañía en Quito: viajar es comparar, construir una telaraña de ecos de ecos. Uno, como especialista en pintura, tendería a preguntarse si la comparación de Irán con Castilla aguantaría ser llevada al terreno de los cuadros, y si por ejemplo uno, en paisajes de allá, podría sentirse como dentro de un Caneja. Me imagino que sí. No conozco mucha pintura moderna iraní, pero ciertos cuadros de Nasser Assar, buen pintor *nuagiste*, ya desaparecido, cuya obra ha sido glosada por poetas como Yves Bonnefoy, Philippe Jaccottet o Roger Munier, cuadros pintados en París, y de dominante ocre, tiendo a leerlos como transcripciones abstractas de su paisaje natal. Lo mismo he pensado a veces ante ciertas obras de otro pintor iraní todavía en activo, con el que me he cruzado en alguna ocasión en la capital francesa, Farhad Ostovani, sobre el que también ha escrito el recordado Bonnefoy. Explícitamente, Ostovani ha subrayado que el jardín de su casa natal en el Norte del país, y la montaña próxima a la misma, han sido dos de los motivos principales de su obra.

Qué bonita la página en que las gentes sentadas delante de sus casas, en Meymand, le llevan a acordarse de atardeceres en los pueblos españoles.

Qué bonitos muchos momentos en que el coleccionista (y fotógrafo) de instantes, se detiene ante un rostro, ante una sonrisa,

ante la cortesía de un pueblo que le termina cautivando, venciendo la distancia del idioma, de la religión de Estado, de la política represiva, del color negro omnipresente.

Vuelvo sobre esta feliz referencia de Tudela, que he citado al paso hace unas líneas, y que ahora aísló: «Tumbas, bazares, jardines». ¡Qué maravilla! Casi un verso del uruguayo Fernando Pereda, que me vuelve súbitamente, nítido en la memoria, tal vez porque comparto con mi amigo zaragozano la devoción por Uruguay en general, y por la poesía de la República Oriental en particular. No estoy pensando en aquel, memorable de «Naval melancolía de poema», que fue mi puerta al universo perediano, sino en uno enumerativo, casi igual de bueno, que se encuentra en su soneto «Mundo»: «hipódromos, amores, madrugadas».

Desde pequeño he amado las listas. Además de tumbas, bazares y jardines, la lista de las palabras más frecuentes en este libro hecho de reiteraciones debe incluir estas, que pongo todas en plural: mezquitas, fortalezas, torres, madrasas, caravansares, canales, estanques, baños, alfombras, telares, campanas, almuecines, cuevas, tiendas de nómadas... Entre las torres, algunas «de los vientos», y otras, funerarias, «del silencio» de una época, la zoroastrista, cuyos vestigios fascinan especialmente a nuestro viajero.

Con estas realidades que he enumerado, y respecto a las cuales gusta, stendhalianamente, de proporcionarnos detalles exactos, Tudela construye un relato eficazmente hipnótico, fruto de sus deambulaciones y reiteraciones, y que nos coloca ante el paraíso cerrado del jardín (casi a lo Pedro Soto de Rojas cuando evoca su carmen de Granada), ante la geometría móvil de las tiendas de los nómadas, ante el laberinto de los bazares y sus mercancías, realidad esta última que descubrimos en Marruecos, y que también hemos entrevisto en Líbano, que es lo más cerca que hemos estado de Irán... Me gusta la manera que tiene el autor de aportar muchos detalles concretos y exactos, sí. Ese modo de repetir las inquisiciones sobre ciertos lugares, me recuerda la

insistencia sobre ciertos pretextos, en la pintura moderna, ya sea la de Mondrian, la de Morandi, la de Rothko...

A propósito de pintura, Tudela es excelente atendiendo a luces y sombras, a meras notas de color con algo de apuntes de profesional de los pinceles, muy eficaces para describir un *skyline*, unas paredes, una penumbra con alfombras... El negro como color iraní por excelencia, aunque luego percibe que es un país de colores, de muchos más colores de los que se imaginaba. Frente al tópico negro de las banderas, de los trajes de los ayatolás, y de los de las mujeres, las auténticas sacrificadas, no deja de señalar, con admiración, la rebeldía, en mayor o menor grado, de muchas féminas, auténticas luchadoras contra la asfixia. Y le asaltan por doquier colores, muchos más colores de los que se asocian habitualmente con el país. Una pared de un rojo que casi nos imaginamos rothkiano. Una alfombra multicolor. Un traje de tonalidades claras rompiendo con la dictadura del negro. Y en todas partes, inundándolo todo, «la grandeza azul cobalto del mejor arte musulmán».

Varias de las torres que describe Tudela parecen salidas de la pintura de Giorgio de Chirico. Aunque no lo cita, cuando se refiere a determinado paisaje iraní y lo califica de «entre surreal y fantasmal», parecería que nos conduce inevitablemente hacia ese nombre. Esas torres, por lo demás, le hacen pensar en lecturas infantiles sobre el Tibet. Guiño este último que me conduce al recuerdo de mis propias lecturas al respecto: el padre Huc en el siglo XIX, y en el XX Alexandra David-Neel, Heinrich Harrer, y por supuesto *Tintín en el Tibet*. (A propósito de ruinas, Tudela, al paso, cita por lo demás un paraje no muy lejano de Irán, y por siempre tintinesco, como es Petra).

Tras un recorrido en coche por un desierto en el que ve señales de prohibición de fotografiar, anota en su libreta el proyecto de un fotolibro dedicado a imágenes de señales de tráfico que ha dejado pasar. Un fotolibro que, de concepto, nos imaginamos muy a lo Ed Ruscha.

Al coleccionista de instantes que es Tudela también se le ocurre pensar en una colección temática de postales, centrada en puertas, y como adicto que soy a esos pequeños rectángulos que siempre son, en mayor o menor grado, una *invitation au voyage*, le animo a que, si no la ha empezado ya, la empiece.

En espera de esos proyectos por venir, gracias le sean dadas a José Tudela por esta colección de instantes literarios que nos hacen viajar, sentados en nuestro sillón.

VIAJE A IRÁN
LOS AZULEJOS NEGROS DEL DESIERTO

*Para Pilar,
por el camino de la ilusión*

PRELIMINAR

Demasiadas veces, los nombres confunden. Evocan imágenes, hechos e, inevitablemente, tópicos. En el mapa de un viajero, pocos lugares evocan tantas imágenes y tantos tópicos como puede hacerlo Irán. Este libro nace de las notas que tomé durante un viaje en julio de 2013. En esas fechas, Irán era un destino más extraño de lo que lo es hoy. Es posible que algunas de las imágenes descritas en el libro hayan cambiado. Pero no creo que lo hayan hecho sustancialmente. Una de las conclusiones más nítidas que obtuve de esos días es que el transcurrir en Irán era lento, muy lento. Por ello, creo que quien tenga la fortuna de haber viajado o viajar a ese gran país podrá reconocerlo en estas páginas. A quien no lo haya hecho, me gustaría que le sucediese aquello que más persigo en una lectura de viajes: que el destino que se escribe página tras página acabe haciéndose irresistible.

No es posible, siquiera, hacer una aproximación al imaginario sobre Irán. Es cierto que se desconoce mucho, casi todo. Pero también lo es que si te detienes y recuerdas, los nombres y sonidos que acuden son numerosos. Es la tierra de partos, medos y persas; la cuna del gran imperio oriental que disputó la hegemonía a griegos y romanos, y es también la tierra de la grandeza azul cobalto del mejor arte musulmán. Son los jardines y versos de *Las mil y una noches*. Es el terremoto de Bam y el polvo de su fortaleza. Es el mar Caspio y sus esturiones agonizantes. Es Shiraz, la poesía y sus poetas: Hafez; Rumi; Saadi; Omar Jayam... Es la fuerza de las palabras que dicen Teherán y las imágenes de quienes han sabido transmitirnos que Irán tiene otros paisajes y otros relatos. Son los nómadas que se resisten a dejar de serlo. Es el azul y los puentes sin agua de Isfahán. Es la grandeza fallida y trágica de los Pahlavi. Es Jomeini aterrizando en el aeropuerto

que hoy lleva su nombre y fundando una nueva, contradictoria y terrible forma de ser revolucionario. Es la batalla sin fin con el enemigo judío. Es la tierra de las mujeres sin pelo, cuello o brazos visibles. Es la guerra sin tiempo con Irak. Es el viejo Imperio que no renuncia a ser, también en el mundo contemporáneo, un actor geoestratégico fundamental. Es sede principal de un chiismo que se reivindica como única verdad, pero también la cuna de la religión monoteísta más antigua del mundo. Fue y sigue siendo. Irán no renuncia a nada. Parece querer acumular todo. Crecer engordando en un mapa del mundo que está obligado a tenerlo en cuenta. Todo eso, creo, es Irán. Todo eso y mucho más que descansa velado por el polvo de los caminos del tiempo, siempre sin desaparecer, agotado por la historia, como la llama zoroástrica. Como en todos mis viajes, las palabras debían ayudarme para entender más y mejor lo que veía. También para ayudar a una memoria que conoce los estragos del transcurso del tiempo.

Las imágenes y relatos que están velados tras los tópicos propios y ajenos son hoy más conocidos por los occidentales gracias a una grandiosa generación de cineastas: Amir Naderi, Majid Majidi, Abbas Kiarostami, Mohsen Makhmalbaf, Bahman Ghobadi, Alireza Davoud Nejad... Con ellos, el cine ha vuelto a demostrar toda su capacidad de testimonio y rebeldía, en este caso, silenciosa. Ninguna de las películas de estos directores puede verse en el país. Sin embargo, muchos de esos directores, como Kiarostami, se resistieron a abandonarlo: su espíritu era persa y difícilmente podía trabajar sin un contacto directo con su tierra y su pueblo. Con claridad expuso aquello que deseaba con sus películas: desde el dolor que le producía la personificación de su país como encarnación del mal, tenía que ser capaz de transmitir la calidez y humanidad de sus habitantes. En muchas ocasiones, he percibido extrañeza detrás de los juicios que las películas de estos directores merecían. Una extrañeza que ocultaba preguntas casi impronunciadas: ¿Cómo es posible que un país supuestamente subdesarrollado produzca este cine? ¿No era

una tierra casi inhóspita para los sentimientos, al menos para sentimientos «universales»? Un pensamiento desgraciadamente demasiado frecuente cuando se enjuician culturas ajenas a nuestra geografía más cercana y que, en este caso, reflejan con claridad la profundidad del desconocimiento que suele rodear a Irán.

El lector lo sabrá, pero no es ocioso repetirlo: Irán es la cuna de una de las grandes culturas y civilizaciones de la humanidad. Fue el uno de los primeros imperios de la historia y durante siglos uno de sus protagonistas. En un tiempo que también vio nacer la primera religión monoteísta del mundo, el zoroastrismo, cuya influencia se dejará sentir en judíos, cristianos y musulmanes. En siglos posteriores, poetas, filósofos y científicos mantendrían en lo más alto la herencia de sus antepasados. Una herencia que encontrará una magnífica expresión artística para el goce de quienes hoy la admiran. Como siempre sucede, más allá de las obras de arte y de las tumbas de los poetas, todo ello es perceptible desde el primer contacto, desde que se pasea, incluso, por las calles de una ciudad tan moderna como Teherán. Lo es por esos reflejos que siempre proyecta la vieja historia. Y lo es, sobre todo, por el orgullo de sus habitantes que se saben herederos de esa historia y la sobreponen a cualquier circunstancia del presente. Un orgullo sin el cual no es posible comprender la historia reciente del país y, sobre todo, que deberá ser comprendido y asumido en el momento de contribuir a construir el Estado que los iraníes merecen y piden de forma mayoritaria en las calles.

Por todo ello, y por mucho más, es muy difícil abarcar Irán en un cuaderno de viaje. Necesariamente, se escapa por múltiples grietas. La primera de ellas, la geografía: es casi imposible que un único viaje te acerque siquiera a lo más relevante que este país ofrece. Irán es Teherán, Persépolis, Isfahán, Shiraz, Yazd, o sus nómadas que luchan por mantener vivas tradiciones milenarias. Pero también es Tabriz, las iglesias armenias de Azerbayán Oriental, Ardabil y sus santuarios sufíes; Choga Zanbil, ciudad sagrada de Elam, las orillas del Caspio o el desierto de Lut, por